

¿Desea vestir completamente
gratis ?

Haga sus compras
en esta casa

Casa GUZMAN

Tejidos - Confecciones - Género de punto

Calvo Sotelo, 9 - DAIMIEL

CARNECERIA

EMBUTIDOS

Isidoro Vázquez

Mártires, 3

DAIMIEL



Noche de Jueves Santo

(continuación)

Dos filas de penitentes silenciosos marchaban por ambos lados de la calle, y, en medio de ellos, apareció el paso de la Oración del Huerto. El pueblo enmudece en aquellos momentos ante la bellísima imagen de Jesús orando, marcado en el rostro divino su dolor, cubierto de gotas de sangre, que ruedan de sus sienes por las mejillas, al presentir los horribles tormentos que le esperan. El más indiferente corazón que presencia este espectáculo tiene que sentir remordimiento al ver a esta Víctima humilde, suplicante, pidiendo al Padre que aleje de El esos tormentos, simbolizados en el «cáliz» que le da a beber el Ángel del Señor,

Sus discípulos predilectos, al fin hombres y por tanto ingratos a la misericordia divina, duermen indiferentes a la tristeza y desolación que embarga el ánimo de su querido Maestro, que espera de un momento a otro a las turbas ignorantes y crueles, dirigidas por un discípulo traidor.

Sigue la procesión, ordenada y silenciosa. A lo lejos se oyen las notas patéticas de una banda de música, y aparece ante mis ojos el paso de Jesús, amarrado a la columna. El alma, entristecida todavía por la impresión del paso anterior, siente mayor congoja ante este segundo paso, en que empiezan a verse cumplidos aquellos sufrimientos que hicieron sudar sangre al Redentor, en el huerto de Getsemani. Los ojos compasivos se dirigen hacia la Víctima Sagrada, cuyo cuerpo bellísimo y delicado aparece lleno de verdugones sanguinolentos, entre dos viles sayones. Sus ojos, revosando misericordia y nublados por el dolor, y la sangre que cae de su divina frente, taladrada de espinas, nos miran amorosos...

Y, ante tanta misericordia como emanan, el alma se llena de remordimiento y tristeza, mientras que los labios musitan un "¡Señor, pequé! ¡Qué ingratos y perversos somos los hombres!", que Dios quiera que no lo olvidemos antes de que el gallo haya cantado tres veces la aurora de un nuevo día.

Carmina Gómez Lavín